

profética. Algunos creen que la idea mesiánica de los samaritanos se acercaba mucho más á la verdadera que la de los judíos. (Ad Mayer, *K.-Leitikon*, loc. cit.)

Degeneracion de los judíos.

56. Cualquiera que fuese la superioridad moral y religiosa del pueblo judío respecto de los paganos, y á pesar de los ricos tesoros que conservaba en sus libros sagrados, en sus instituciones religiosas y domésticas, estaba, sin embargo, en profunda decadencia durante el período de los emperadores. Su manera completamente exterior de concebir la religion, los excesos de su fanatismo, su orgullo nacional indomable, su ódio contra los paganos, su inmoralidad y vicios secretos, las discordias intestinas y los partidos que los desgarraban, son las diversas causas de su decadencia. El soberano pontificado mismo estaba degradado, ora por las querellas de sus miembros con los otros miembros del cuerpo sacerdotal, ora por las disensiones sobre la distribucion de los diezmos, y por los nombramientos y destituciones arbitrarias. (Hubo en el período de 105 años 28 Pontífices, de los cuales algunos, como Ananias (52) y su hijo Anano (61), eran saduceos. Muchos, sobre todo en los últimos tiempos, hacían la guerra á sus competidores con bandas armadas.) Bajo el peso de la dominacion extranjera, la esperanza del Mesías, otras veces tan viva, no era más que la expectacion de un libertador político; sólo algunas almas escogidas la conservaban en su pureza y realidad, tal como había sido anunciada por los profetas, y suplicaban al cielo que enviase al Justo. La prueba más sensible de esta decadencia del pueblo judío está en que adoptó en lo sucesivo todos los falsos Mesías que lisonjaban sus esperanzas terrestres, miéntras que la inmensa mayoría rechazaba al Mesías verdadero.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 56.

Drellinger, p. 769 y sig., 851. Colócase entre los falsos mesías á los siguientes: Theodas (*Act.*, v, 36), Judas de Galilea (*ibid.*, hácia el año 27; *Jos., Ant.*, XX, v, 1); un profeta venido de Egipto en tiempo de Neron hácia el año 55 (*Jos. Bell. jud.*, II, xiii, 5); un impostor, hácia el 60 (*Jos., Ant.*, XX, viii, 10). Veas. Zschlag, *Theudas, Anführer eines 750 R. in Palästina erregten Aufstandes*, Cassel, 1849; Zeller, *Theol. Jahrbücher*, 1851, II, 270 y sig. Comp. 1849, p. 65 y sig.

§ 3. La plenitud de los tiempos.

57. Fué en la « plenitud de los tiempos, » segun la expresion del Apóstol¹, cuando se cumplió la redencion predestinada por Dios y

¹ *Galat.*, iv, 4.

prometida al género humano. El mundo greco-romano estaba tocado de caducidad, pero el Salvador del mundo iba á rejuvenecerlo. Aquél había llenado su mision, demostrando de qué era capaz la humanidad por sus propias fuerzas, y ahora sentía la necesidad de una redencion y estaba dispuesto á recibir al Libertador. La separacion entre los pueblos civilizados del antiguo mundo se había disminuido de tal modo, gracias á la unidad del imperio romano, al empleo general de la lengua griega, á la mezcla de las naciones y de sus ideas dominantes, al universal deseo de un socorro de lo alto, de un salvador, de un libertador celestial, que los hombres se sentían ya inclinados á unirse y engrandecerse con su union. Contribuía á esto la paz exterior, que disponía más aún á los ánimos para dedicarse á estas grandes cuestiones, á las que, por adormecida que se halle, jamás puede sustraerse la conciencia.

El sentimiento de las cosas grandiosas y sublimes que dominaba entre los orientales; el de la belleza estética, cultivada por los griegos; el de la utilidad, el derecho y la justicia alimentado por los romanos, iban á ser trasfigurados por Aquel que siendo la santidad misma, era sólo quien podía santificar todas las cosas, ennoblecerlas y levantarlas por encima del mundo sensible.

Vivíase bajo el reinado de Augusto, y las centurias de años de Daniel tocaban á su fin¹; el templo de Zorobabel esperaba á Aquel cuya venida sería para él más gloriosa que lo que habían sido en otro tiempo para el de Salomon las nubes de incienso²; las esperanzas que despertaba el Mesías, aunque oscurecidas y desfiguradas, eran, sin embargo, más vivas y ardientes que nunca. Habían corrido cuatro mil años desde que el primer Adán llegó á ser padre de nuestra raza culpable. El segundo Adán iba á entrar en el mundo para reconciliarlo con Dios, é infundirle un nuevo principio de vida.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 57.

Hefele, *Beitr. z. K.-G.*, I, 1 y sig.; edic. de Tubinga, 1864.

58. Pero ¿por qué esta venida tardía del Redentor? ¿por qué solamente despues de millares de años? ¿por qué diferir por tan largo tiempo la satisfacion de las dolorosas aspiraciones de las mejores y más nobles almas? Esta pregunta, frecuentemente dirigida á los primeros cristianos, ha sido diversamente contestada. 1.º Ya uno de los discípulos de los Apóstoles³, cuyo nombre es desconocido, respondía:

¹ *Daniel*, ix, 24.

² *Ag.*, ii, 11 y sig.; *Malac.*, iii, 1 y sig.

³ El autor de la *Epistola á Diognetes*.

Era preciso que ántes los hombres conociesen toda la extension de su miseria, y sintiesen la necesidad de un Redentor. Era preciso que sus terribles extravíos y las consecuencias de ellos les abriesen los ojos sobre el abismo á donde se habían precipitado, sobre los males que habían sufrido; era preciso, en fin, que el hijo pródigo experimentase la necesidad de volver á la casa paterna¹. Dios no se complacía en el pecado, pero lo soportaba en su longanimidad, y se servía de él para desarrollar en el hombre el sentimiento de la justicia. Quería, que despues de haber adquirido nosotros en nuestras propias obras la conviccion de que somos indignos de vivir, reconociéramos que si vivimos, lo debemos á su bondad; que por nuestras propias fuerzas somos incapaces de conquistar el reino de Dios, y que Él solo es poderoso para abrimos el camino.

Cuando la medida se colmó, y la malicia humana llegó al más alto punto; cuando la humanidad parecía madura para el juicio y la muerte, entónces fué cuando el amor hizo brillar todo su poder en la redencion de los hombres, y sobrepasar la gracia allí donde abundaba el pecado².

2.^o Las obras de Dios no se producen sin preparacion y de una manera inopinada. Se desenvuelven gradualmente conforme á un plan misterioso y sublime, y se realizan en el tiempo por medio de instrumentos humanos. Todo el período anterior al Cristianismo fué una preparacion lejana ó próxima de la venida de Jesucristo, segun se vé por la marcha sucesiva del pueblo judío, despues de separado de los otros pueblos paganos hasta su aproximacion á ellos; y además por los esfuerzos y aspiraciones de los mismos paganos, en especial de los más nobles entre ellos. La obra de redencion, para la cual fué preparada la humanidad en el judaismo y el paganismo, no debía ser impuesta por la fuerza, sino aceptada por libre adhesion; debía tener puntos de apoyo, un sosten en el hombre y fuera del hombre. La materia, el fondo divino era suministrado por los elementos esenciales del mosaismo; la forma humana, los medios naturales de progreso y de cultura, se hallaban en el paganismo³.

3.^o Por lo demás, ántes de la Era Cristiana, los mejores y los más nobles no habían sufrido perjuicio, hablando en sentido absoluto, por la aparicion tardía del Redentor, puesto que la fe en el futuro Libertador del mundo era para ellos lo que fué para las generaciones siguientes la fe en el Mesías ya venido. Ni unos ni otros podían salvarse sino en Jesucristo y por Jesucristo.

1 *Luc.*, xv, 17 y sig.

2 *Rom.*, v, 20.

3 Kurtz, *anwal.*, t. II, p. 17.

Había, fuera tambien de los judíos celosos y píos, hombres que observaban la ley (natural) grabada en sus corazones¹. « Sin duda, dice San Agustín, ningun otro pueblo, fuera del de Israel, podía llamarse verdaderamente el pueblo de Dios. Sin embargo, los judíos mismos no podían negar que hubiese en las otras naciones algunos hombres que formaban parte, no en la sociedad terrestre, pero sí en la celestial, de los verdaderos israelitas, como lo prueba el ejemplo de Job el Idumeo. Yo no dudo de que Dios ha querido mostrarnos por este ejemplo único, que puede tambien haber en los otros pueblos hombres que llevan vida agradable á sus ojos, y pertenecen por lo mismo á la Jerusalem espiritual. Puede creerse que este favor ha sido otorgado solamente á aquellos á quienes Dios reveló el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Dios, Jesucristo, que ántes de su venida había sido anunciado á los santos del antiguo tiempo, de la misma manera que se nos ha anunciado despues de su aparicion, á fin de que por Él, la misma fe conduzca á todos los elegidos de Dios á la ciudad, á la casa, al templo del Altísimo². » Ahora bien, en presencia de la eternidad, en presencia de Dios, para quien mil años son como un día; en presencia de Dios, que todo lo prevé, aun lo que está oculto en el corazón del hombre, dice el mismo Padre³, tan inútil es preguntar por qué ha sido el hombre rescatado tan tarde, como preguntar por qué no ha sido criado ántes. »

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 58.

Com. Aug., *De civ. Dei.*, XII, xxxii; X, xxv; XVI, i; Orig., *Contra Cels.*, IV, vii, 8; Greg. Naz., *Or. xv in Machab.*, n.^o 1, p. 387; ed. Clémencet, Cyrill. Alex., lib. III, *C. Julian.* (Migne, *Patr. graec.*, t. LXXVI, p. 664 y sig.); Nicéph. Call., *Hist. eccl.*, I, 3; Anselm. Havelberg, lib. I, *Dialog.*, cap. iv (Migne, *Patr. lat.*, t. CLXXXVIII, p. 1146).

1 *Rom.*, ii, 14.

2 *Cruz de Dios*, XVIII, XLVII.

3 *Id.*, XII, xii, 27.